

Karczmarczyk, Pedro. **Gadamer: aplicación y comprensión**. La Plata, Editorial de la Universidad Nacional de La Plata, 2007, 231 pp.

A poco de internarnos en la investigación de Pedro Karczmarczyk titulada *Gadamer: aplicación y comprensión*, nos acompaña la impresión de que la obra del célebre discípulo de Martin Heidegger –maestro al que intelectualmente le debe tanto– puede articularse en torno a dos grandes premisas que, concatenadas entre sí, permiten dar cuenta de las dos dimensiones fundamentales de la mediación del sentido lingüístico: la *historicidad* y el *diálogo*. Ello nos permite corroborar: 1) que la *hermenéutica* no es una “metodología” de las humanidades y, mucho menos, que se deja estrechar en los términos de una “lógica de la investigación” procedente del dominio de la filología, sino que más bien compone una *ontología universal del lenguaje*; y 2) que a pesar de su doble carácter fáctico–trascendental, o mejor, precisamente debido a ello, la hermenéutica pretende dilucidar las relaciones normativas que han de entablarse entre significado cultural y vida práctica. Esta doble forma de constitución de la Hermenéutica, que hace al nudo de la construcción teórica del proyecto filosófico de Hans Georg Gadamer, se halla cuidadosamente expuesta en el tratamiento que le prodiga Pedro Karczmarczyk en su libro. Su estudio sin embargo no reposa exclusivamente en un ahondamiento de la filosofía gadameriana, sino que a través de un contraste y sopesamiento con los escritos de Ludwig Wittgenstein y sus seguidores, toca interrogantes más generales sobre las convergencias y divergencias entre las tradiciones filosóficas convencionalmente identificadas como “continentales” y anglosajonas. Con ello, pudiera decirse, se nos hace ver que el núcleo de validez de una hermenéutica *general* se nutre por igual de la filosofía analítica del lenguaje que de la ontología hermenéutica surgida de Heidegger. Para dar cuenta de su tratamiento seguiré en lo posible dos hilos conductores: a) aspectos concernientes a la constitución ontológica de la comprensión; y b) problemas relativos a la dimensión práctica de la aplicabilidad.

Hans–Georg Gadamer vuelve en contra de la Ilustración, con intención polémica, sus propios prejuicios sobre el prejuicio. Rehabilita la dimensión de la anticipación del sentido y de la autoridad de lo transmitido que ofician de elementos *a priori* de toda comprensión posible. Con ello el filósofo alemán viene a ata-

car la obnubilación racionalista a favor de la restitución de la originaria facticidad ontológico-existencial del ente que habla, dicho a la manera heideggeriana¹. Si esto pudiera sospecharse ideológicamente una reacción conservadora y particularista, y al cabo, neorromántica frente a las potestades de la racionalidad moderna, Pedro Karczmarczyk se encarga de aclarar que esa actitud de *retorno ontológico a la tradición* hay que verla, más bien, como una trayectoria de fundamentación trascendental de la comprensión del ser en general, sólo desde la cual es posible, en sus palabras, “la apertura necesaria para dejarse decir algo por el texto”, al tiempo que adquirir “la conciencia de estar afectados por nuestra situación histórica.” Dicho más rápido: la hermenéutica prosigue los caminos de la filosofía del ser, acaso viéndose a sí misma como su vía más productiva, o siquiera menos reprochable de giros arcaizantes. En este plano de constitución de las condiciones universales y *a priori* de toda comprensión posible, la alteridad del sujeto emerge bajo la forma de una disposición circular y hori-zóntica. De allí resulta que la labor de la comprensión debe construir o proyectar el horizonte del texto a partir de una primera proyección anticipatoria, nos explica Pedro Karczmarczyk; que es inseparable de la conciencia de la propia historicidad de las proyecciones concéntricas sucesivas, acotamos por nuestra parte. Sólo en este grado de reflexividad y visión hori-zóntica del proyecto es posible reconocer en un texto su “historia efectual” (*wirkungsgeschichtlichen Bewusstsein*), esto es, su forma de vida existencialmente indisociable del significado intersubjetivo de sus efectos en el tiempo. Cómo debemos conceptuar dichos “efectos” depara un problema ulterior. Con tesón analítico, Karczmarczyk se resuelve por deslindar con precisión el plano de la reflexión trascendental sobre el conocimiento histórico y estético, respecto del plano de la aplicación, para lo cual abrevará abundantemente en los escritos de Wittgenstein.

Pedro Karczmarczyk observa que la actitud trascendental del planteo de Gadamer sobre la universalidad originaria que constituye la comprensión debe filiarse, según propia declaración del filósofo, a partir del parágrafo 31 de *El Ser y el Tiempo*. Efectivamente, allí leemos que lo “que se puede en el comprender en

1 Cf. HEIDEGGER, Martin, *Ontología. Hermenéutica de la facticidad*. Trad. Jaime Aspiunza, Madrid, 2° ed., Alianza, 2000; *De camino al habla*. Trad. Ives Zimmermann, 3° ed., Barcelona, Serbal, 2002.

cuanto existenciario no es ningún 'algo', sino el ser en cuanto existir"². Con ello la "interpretación" se abre *a posteriori* respecto de un suelo de experiencia primario donde se origina la comprensión que ya siempre realizamos en el dominio de la lengua nativa, "sin esfuerzo" particular. En este plano trascendental se detiene Karczmarczyk con el objeto de mostrar cómo la *experiencia* de la comprensión acontece en torno a las categorías atinentes al tacto (*Takt*), sentido común, gusto (*Geshmack*) y capacidad de juicio (*Urteilstkraft*), tal como las repone Gadamer desde la tradición humanística y su ideal formativo (*Bildung*), en general, y desde Vico en particular. Ello se hace especialmente visible en el análisis de las condiciones de posibilidad del conocimiento histórico y en la consideración de lo que Karczmarczyk denomina el "argumento trascendental de Gadamer". En este punto se nos indica como de especial relevancia a la *capacidad de juicio*, puesto que ella nombra la actividad de referir un concepto general a situaciones particulares. Dado que dicha capacidad viene a su vez prearticulada lingüísticamente, se expresa en ello la experiencia colectiva acumulada por la tradición y su vínculo indelegable con la sensibilidad y el gusto personal.

Tras una reconstrucción, por un lado, de las formulaciones de Wittgenstein atinentes a la experiencia de adquisición de la lengua y, por el otro, de la facultad de juzgar en la estética kantiana, Pedro Karczmarczyk introduce la distinción entre una acepción formal respecto de una acepción material de la aplicación. Mediante ese recurso pone en evidencia hasta qué punto el nexo trascendental entre comprensión y praxis, tal como es resuelto por Gadamer, dista de ofrecer una respuesta convincente. El uso formal de la aplicación hace referencia a la normatividad de toda tradición en general, cuyo carácter vinculante emana, ya de la facultad de juzgar lo adecuado a la situación desde una "imagen directriz" rectora de un saber práctico-moral e históricamente ligado al *ethos*, ya de la razonabilidad de criterios intersubjetivamente disponibles. Según Karczmarczyk, el modelo gadameriano propende más al primer aspecto que al segundo, o en otros términos, se decide más por el lado de la fuerza de la autoridad del pasado que por el lado de la deliberación temática sobre las reglas en que nos socializamos. Según nuestra pers-

2 HEIDEGGER, Martin, *El Ser y el Tiempo*. Trad. José Gaos. Barcelona, Planeta-Agostini, 1993, p. 161.

pectiva, sin embargo, llegamos a apreciar que un momento clave de la paciente exposición de Pedro Karczmarczyk es el momento en que describe, con gran capacidad de síntesis, la ruptura de Gadamer con la “filosofía de la reflexión” que lleva de Descartes a Husserl. Más directamente: su deuda con Heidegger.

Llevando a término consecuencias de la analítica-existencial a la crítica de la conciencia histórica cumplida con Dilthey, Gadamer radicaliza la noción heideggeriana de que el significado no pertenece a la constitución del conocimiento sino a la preconstitución pragmático-existencial del ser. Dado que la comprensión es *el modo de ser original de la vida misma*, ella corresponde a la estructura del proyecto arrojado. La tradición radica en la pre-estructura existencial (no conceptual) del habitar el mundo como afección y temple y como apertura finita de posibilidades del *Dasein*. Pero si el *Dasein* comprende el sentido sobre el suelo dado de sus posibilidades vitales en-el-mundo, su misma proyección, su poder-ser libre a la vez que arrojado, ha de contar ya siempre con la facticidad de su ser. Ante semejante *factum* existencial del “arrojamiento irrebasable” que hace que el ser no pueda saltar por encima de su finitud, la hermenéutica *filosófica* retrocede hasta la condición originaria de las posibilidades intramundanas del *Dasein*. Si la *hermenéutica* filosófica arranca de ahí, si asume ese punto de partida fáctico-existencial en tanto fundamento de su propia autocomprensión, entonces la forma de reflexión objetivista de las ciencias humanas y su sujeto gnoseológico derivativo, por decirlo así, son sometidas a un grave entredicho: ellas propiamente *olvidan*, clausuran u ocuyen la experiencia en la que se fundan. La falsa autocomprensión objetivista de las ciencias humanas se cierra a la condición abridora a la vez que limitante del “estar ahí” que se proyecta hacia un poder ser suyo que es ya siempre “sido”. Y en este reconocimiento, por supuesto, la hermenéutica sigue siendo deudora de Heidegger, el pensador radical del ser. Pedro Karczmarczyk apunta certeramente al “efecto” que esto posee para un cientismo epistemológico al cabo irreflexivo: la abstracción y negación de la “persistencia de un nexo vivo de la tradición”. Ello no implica que Karczmarczyk ceda a una tentación irracionalista frente a esta prioridad ontológica de la tradición lingüística atinente a su dimensión de *condición trascendental del ser temporal*. Tampoco adopta un ademán vindicativo respecto de la tributación heideggeriana de Gadamer, que aquí mismo resaltamos. En definitiva, no lo tienta asumir un gesto justiciero para con la soberanía germana

de la provincia heideggeriana, acaso porque sus preferencias vienen contrapesadas desde la filosofía analítica británica. Pedro Karczmarczyk se atiene descriptivamente al señalamiento del carácter determinante y constituyente de “viviente histórico” que le confiere el propio Gadamer al ser que comprende. Pero sin acceder a las pretensiones hegemónicas de una gran filosofía restaurada cuando éstas revisten la nunca desmentida intención de erigirse en un metalenguaje último. La propia hermenéutica previene contra ello. No aspira al *status* de una epistemología general de los saberes, que en el fondo reflejaría su seducción por una ciencia de ciencias, como todavía pudo verse a sí misma la fenomenología husserliana. En tanto la tradición no es sólo facticidad del *ahí* sino también apertura de mundo, ella puede disponerse como un *tú*, en forma de una alteridad trascendental que también intersubjetivamente me *habla* al tiempo que le hablo. La tradición es mediada temporalmente como *habla del ser*, y sólo por ello es que podemos *dialogar históricamente* con el pasado desde cuyo suelo originario caminamos el sentido. Mas esa *alteridad* también nos *altera*, esto es, nos modifica y a la vez modifica la tradición. Así queda productivamente constituido el círculo hermenéutico.

Pedro Karczmarczyk retoma el tema de la aplicabilidad a partir de la centralidad que poseen en el planteamiento gadameriano las figuras conceptuales del “círculo hermenéutico” y la “fusión de horizontes”. La idea del círculo hermenéutico remite a la imagen de la comprensión como un constante movimiento de proyección y re-proyección. Lleva desde la anticipación del pre-judicio hasta la construcción formal y material de una totalidad de sentido sin fijarse en un estado dado, porque ha de recomenzar siempre el proceso. Como el círculo impide por su propia movilidad evitar una “asimilación a lo propio” o una detención en la mismidad, la alteridad es una instancia constitutiva del ciclo incesante de la comprensión. Ello nos reconduce a la importancia que adquiere la imagen de la perspectiva y por tanto del horizonte en que se dispone la relación con la cosa y el significado de lo comprendido. En el caso de un texto, la proyección de su horizonte de sentido nos lleva necesariamente a asumir su alteridad, y por tanto a la posibilidad de sentirnos interpelados por ella, e incluso a modificar nuestras propias opiniones. Esto requiere la práctica de la interrogación, del preguntar guiado. Es en la asunción de la *pregunta* por el texto y en la respuesta consiguiente donde tiene lugar la llamada *fusión horizónica*. Pedro Karczmarczyk

explica que “la realización controlada” de la fusión de horizontes, que es “la tarea central de la hermenéutica”, es precisamente lo que Gadamer denomina *conciencia de la historia efectual*. Esta conciencia de nuestra determinación histórica implica que solo podemos comprendernos a través de lo que es distinto. El “desplazamiento” de horizontes muestra el fluir operatorio de ese permanente cambio de perspectivas en que acontece el acto de interpretación del significado de un texto, y de la reorientación práctica que resulta de ello. Que afecta a la tradición y a nosotros mismos. La estructura especular de toda lengua es la que desde siempre ya habilita la circularidad de los desplazamientos de la historicidad del sentido y la consecuente tensión entre identidad y alteridad. Karczmarczyk consigna que “la comprensión histórica vincula al pasado en sí con la interpretación presente a través de la cual (y sólo a través de ella) el pasado histórico persevera en la existencia”.

Si tras este despliegue analítico se instara a la investigación de Pedro Karczmarczyk a ofrecernos una exploración de la repercusión de los escritos de Hans Georg Gadamer en la Argentina, con el objeto de mostrar o al menos ilustrar los efectos de recepción e influjo de su obra en un contexto cultural situado –el del propio comentarista–, dicha solicitud quedaría de momento incumplida. El serio estudio de Karczmarczyk no se ha propuesto este tipo de incursiones, juzgadas acaso innecesariamente historiográficas, y por tanto correspondientes a otros dominios y tipos de aproximación. Si es así, es menester reconocer que Karczmarczyk no defrauda los estándares académicos internacionales de producción teórica, y su aparato de referencias bibliográficas nos da suficientes pruebas de ello. Puede ponerse de relieve, recorriendo sus numerosas notas, la versación que el autor acredita sobre fuentes y literatura crítica de filosofía europea contemporánea. Apreciamos que esa profusión trasluce, más que el valor del libro en sí mismo, las competencias del investigador formado, que también alcanzan a la procura de clarificación conceptual y la búsqueda de una mirada propia sobre los problemas abordados, mérito no demasiado frecuente en la labor exegética habitual. La sólida armazón expositiva y la erudita dedicación de esta investigación permiten concluir que aquél que quiera en adelante incursionar en el pensamiento de Hans-Georg Gadamer, provechosamente podrá servirse del cedazo que sobre su obra ha pasado la fina lectura de Pedro Karczmarczyk. Estimamos que un pro-

ceder historiográfico, más aún cuando se pretenda historiográfico–filosófico, bien puede nutrirse de este tipo de estudios, si no quiere perder de vista la conexión sistemática con los problemas ontológicos que a cada paso se le presentan en su actividad hermenéutica concreta. Salvo que pretextando el ideal objetivista de la lógica científica se crea eximida y por tanto a resguardo de tener que afrontar las consecuencias normativas y prácticas que, sustraídas a la reflexión, ha de cursar de todos modos cuando rehabilita escritos o reexplora archivos de una tradición cultural. Dado que siempre ya participa en la experiencia universal de la comprensión lingüística que acontece para un tiempo intramundano de cuya radical finitud es parte. Y si esperamos que en la Argentina se sigan las huellas efectuales de los caminos de la recepción gadameriana, de aquí en más contamos con el *aplicado* texto del joven filósofo platense Pedro Karczmarczyk.

Gerardo Oviedo